

# RINCONES DE CUADROS DE PINTORAS

Antonio Costa Gómez<sup>1</sup>

Georgia O'Keeffe nació en Wisconsin en 1887. Vivió en Nueva York y pintó rincones de Nuevo México. En el Museo Thyssen de Madrid hay un cuadro suyo maravilloso, "Nueva York con la Luna".



"Nueva York con la Luna"

Abajo en la esquina izquierda una iglesia afilada parece delirar en un crepúsculo cárdeno. El fin del día agoniza y se vuelve loco mientras en lo alto del cuadro la luna ya navega entre nubes. En esa calidez los edificios parecen otar y volverse misteriosos. En esa

esquina humilde y perdida tal vez se esconda lo esencial del cuadro. Igual que María Iribarne vio lo esencial de Castel en una esquina del cuadro que nadie miraba, en "El túnel" de Ernesto Sábato. Tal vez las mujeres sepan mirar las esquinas de los cuadros, como sugiere Sábato. Y quizá por eso deberíamos nosotros mirar los rincones de sus cuadros. Que la historia oficial del arte las haya relegado también tal vez ha tenido sus ventajas, han tenido más libertad creativa, no han debido seguir tanto las convenciones oficiales del arte. Si de todos no iban a reconocerlas ¿qué más daba? Sofonisba Anguisola nació en Cremona en 1535. Su padre la animó a pintar, igual que a sus hermanas. En Roma conversó con Miguel Ángel.

En su cuadro "La mujer con la or" hay una dama con la nariz delicada y perlas iluminadas levemente. Pero en la esquina derecha una mano toca un jarrón. Lo toca con la punta de los dedos, como si no quisiera poseerlo sino amarlo. Quiere dejar constancia de que existe el jarrón y existe ella. Los dedos son mórbidos y delicados y están desnudos de sortijas.

<sup>1</sup> Nació en Barcelona en 1956, creció en Lugo. Es licenciado en Filología Hispánica, en Historia del Arte. Publicó libros de todos los géneros: "El tamarindo", "Las campanas", "La reina secreta", "La seda y la niebla", "Las fuentes del delirio", "La calma apasionada", "Mateo, el maestro de Compostela", "El fuego y el sueño". Llegó a la última votación del Premio Nadal 1994 con "Las campanas". Estuvo entre los finalistas del Premio Herralde en 2014 con "El misterio del cine". Fue traducido al francés y al rumano. Le gusta Jacqueline Bisset y el vino tinto. Correo electrónico: antoniocostagomez@gmail.com



“La mujer con la or”

Es la pura sensibilidad de la carne, la piel desnuda recibiendo la luz. Artemisia Gentileschi nació en Roma en 1587. Un tipo bestia la violó y encima la torturaron a ella para comprobar si su declaración era verdad. No es raro que pintara con cabreo “La muerte de Holofernes”. Dos mujeres se aplican con violencia a descabezar al prepotente, una le atraviesa el cuello con una espada que más bien parece una cruz. En la esquina de arriba está la sirvienta que ayuda a sujetar al tipo. Mira con miedo y con melancolía y con el resto de todas las humillaciones. Tiene la expresión triste porque todo eso sea necesario. El turbante que le tapa los cabellos, cargante manía religiosa de que tengan que taparse los cabellos, se desdibuja en las tinieblas. Parece que las tinieblas ayudan con la libertad contra la prepotencia del día en el cual mandan los tiranos. El contraluz barroco subraya esa lucha de lo estructural contra el detalle. Lo

principal aparentemente ocurre en primer plano pero a Artemisia le interesan los detalles.

Clara Peeters vivió en Holanda en el siglo XVII. No tiene una biografía, no se sabe mucho de ella en los documentos oficiales. En el museo Mauritshuis de La Haya hay una Naturaleza muerta fascinante.



“Clara Peeters”

No podía ostentar su firma, la mujer estaba relegada. No podía tener talento fuera de la cocina. Pero puso su nombre en un cuchillo, puso su identidad para que alguien la descubriera algún día. Ella sabía quién era, aunque la sociedad no le dejara. Dejó su mensaje en un rincón, en un cuchillo exquisito con dibujos de mujeres desnudas (eso es otra rebeldía) para que alguien lo viera. Porque los rincones de los cuadros son reveladores, ya lo decía Ernesto Sábato. Las estructuras generales son pretenciosas, son las esquinas las que hablan de nosotros mismos.

Angelika Kaufmann pasó su infancia en Austria a mediados del siglo XVIII. Una dama se la llevó de Venecia a Londres y conoció a Joshua Reynolds. En el Museo de Houston, Texas, hay un cuadro suyo titulado “Ariadna abandonada por Teseo”. Ariadna se agita en una cama sobre un islote mientras un barco se aleja. Parece normal que ella pintara un cuadro con ese asunto. En la esquina inferior derecha hay una caja con joyas sueltas. Y en la sombra hay una especie de bicho con ojos como tizones y la boca como una sierra rota. Tal vez es un mono que indica lubricidad, tal vez es un perro que se ha vuelto loco. Tal vez es una incitación a la locura y al desenfreno más oscuros, ya que la han dejado sola tampoco pueden imponerle las normas de la corrección. Ella agita los brazos angustiada, pero en el fondo tal vez se diga: menos mal que se ha ido este pesado y me ha dejado sola en la isla. Ya no va a fiscalizar mis pensamientos. Ya no va a impedirme que sienta lo que me apetezca. Y no será el héroe modélico el que me acompañe, será este dragón que llevo en mi oscuridad y que me atrae. Tal vez el rincón no diga nada de eso, pero es lo que a mí se me ocurre. Y no pienso pedir permiso a nadie.

Elizabeth Vigée-Lebrun nació en París en 1755. Se casó con un comerciante, pero el marido se pasaba el tiempo con putas. Pintó a los grandes de su tiempo, retrató a Lord Byron. Pero tal vez lo que más le gustaba era

pintarse a sí misma. Decirle a todos: soy pintora, aquí me tenéis con los pinceles. En la National Gallery de Londres hay un retrato famoso. Lleva un sombrero con una pluma y sostiene una paleta con una mano. Se ha pintado los mofletes de color violeta. Pero tal vez lo más significativo sea la otra mano. Está ahí entreabierta y tendida, como diciendo “aquí me tenéis”, no se ofrece para un apretón de manos sino para un encuentro cálido, sugiere su intimidad entrecerrada, es entre coqueta y tímida, dice: aquí estoy yo viva con mi interior, con mis dedos extendidos, con mi sensibilidad. Me gusta mirar esa mano curvada, como ofrecida a todos y a nadie, como afirmando su personalidad más profunda al margen de la pose para la sociedad. Está la imagen para todos del cuadro entero, ha conseguido una posición muy respetable en el mundo, y está su mano secreta, donde tiembla lo que es ella misma. La esencia de una persona y de un cuadro está en una esquina, ya lo decía Ernesto Sábato en “El túnel”.

Berthe Morisot se movió entre los impresionistas franceses, fue modelo para algunos de ellos. Tenía que pintar mujeres o niños, las cosas más serias le estaban prohibidas porque era una mujer. Pero siempre lo más serio es lo más falso y lo que está más relegado es lo más auténtico, como en el cuadro de que habla Sábato. En el Museo de Orsay de París hay un cuadro que se titula “La cuna”. Supongo que es convencional la mujer mirando al

niño, el niño desamparado, la transparencia del visillo. Aunque la evaporación de las figuras en el instante tiene más gracia que en muchos pintores impresionistas. Pero ahora me gustaría fijarme en la otra cama que está detrás, hay una extraña flor oscura que baila, parece que fuera un ojo vigilante y negro, que nos llevara a la oscuridad. Es tal vez la protesta oscura de Berthe, es su afirmación. O es su travesura y su lado salvaje, más allá de su ternura por el niño, del pelo rebelde sobre la oreja, de la mano delicada sobre la sábana. Tal vez ahí ha dicho : yo tengo mi intensidad y soy todos unos charlatanes mediocres. Me gusta mirar esa rosa escondida, a lo mejor no es una rosa sino un efecto óptico, y pensar esas cosas.



*“Muchacha con guantes”*

Tamara de Lempicka pasó su infancia en Varsovia y se instaló en Los Ángeles en 1938. Fue amiga de Georgia O´Keefe y fascinó a medio mundo con sus mujeres bien definidas y sin embargo elusivas. En el Centro Pompidou de París está su “Muchacha con guantes”. Sus pechos son angulosos, el vestido verde parece de metal, pero la mirada es lánguida y melancólica, como escapando de que la controlen. Casi todas sus mujeres están en posturas torcidas, miran hacia un lado, inclinan la cabeza.

Es una forma de rebeldía y de que nadie la agarre, igual que sus actitudes en la vida, la bisexualidad, los coches, los vestidos intensos, los guantes. En la esquina superior derecha ella se tapa del sol con el sombrero y uno de sus ojos está en sombra. Parece una postura de timidez o de preservar su intimidad. O de mirar desde más adentro las cosas, desde su ojo en la sombra. Los dedos sujetan con cariño el sombrero, hay una amplia zona negra sobre su frente, que señala el territorio íntimo al que dejará entrar a pocos. Pero tras las formas contundentes ella sabe que nadie podrá invadirla. Solo se

acercará en silencio alguien que se fije en esa esquina del cuadro.

Remedios Varo, nacida en Gerona, se fue de París a México al comienzo de la segunda guerra mundial. Leyó los textos alquímicos y la teoría de los símbolos de Jung. El surrealismo con ella celebró su fiesta en México. En su obra "Tránsito en espiral", que tiene un particular en Nueva York, homenajea el castillo interior de Santa Teresa y crea una Venecia líquida a la que entran barcos y bicicletas. Árboles desnudos y solitarios habitan los patios vacíos. En lo alto de la torre central abierta hay una escena amorosa entre dos pájaros o algo así, que se poseen con furia en la lejanía inspirada. Pero me gusta mirar la niebla que hay en la esquina izquierda sobre una especie de iglesia. El edificio tiene la soledad metafísica de Chirico pero la niebla le da calidez y el mar con olas infinitas le da lirismo. Cada rincón es apasionado y místico en esta pintora. Tal vez dice: encontradme en este templo vacío y solitario, en este templo pensativo.

En su novela "Leonora" Elena Poniatowska evoca la vida de Leonora Carrington desde que escapa de un manicomio en Santander o seduce a todos los escritores fugitivos del nazismo en Lisboa hasta que fascina a todos los artistas en México. En el Museo de Arte Moderno de México se puede ver su obra "Reflejos en la tormenta". Una especie

de Edipo extraño le suelta sus intuiciones a una pitonisa de cara de cardo mientras los contempla un búho flotante. Pero a mí me interesa una muchacha que se asoma a una ventanita detrás del Edipo, parece una premonición del cuadro descrito por Sábato en "El túnel". Hay una muchacha que mira con melancolía infinita, como si supiera que ellos no están diciendo la clave, como si esperara una llamada más allá de las predicciones de los sabios. Es una muchacha solitaria a la que no parecen hacer caso los otros personajes. Y es que muchas veces, como dice Sábato, lo esencial está en las esquinas, en las figuras a las que nadie da importancia, en la soledad que no tiene protagonismo. Y ahí también habría que buscar a Leonora, como a la María Iribarne de Sábato, que tiene el ojo desbordado pero parece ciega, habría que buscar a Leonora detrás de todas sus actitudes asombrosas.

Frida Kahlo se representa a sí misma en "El ciervo del bosque" como la vitalidad perseguida, como esa vida incansable dañada por las incomprendiones y las tragedias, e igual que en otro cuadro recompone su columna vertebral obstinadamente, aquí sigue saltando a pesar de las flechas, y su rostro tiene una gracia melancólica que enamora al espectador mejor que en ningún otro cuadro. Los cuernos le crecen tremendamente, y no son los que le pone Diego Rivera con tantas mujeres, son los cuernos de su vitalidad des-

bordada y trágica, son las ramificaciones de su vida entre los árboles que nadie puede parar. Y le crece una oreja de ciervo encima de su oreja de mujer con un pendiente. ¿Por qué no nos fijamos precisamente en ese pendiente? Con ese pendiente ella quiere remarcar su ansia de belleza a pesar de las tragedias, su orgullo propio a pesar de todo lo que le sale mal, su decir: aquí estoy, y disfruto, y percibo la vida, y la escucho atentamente, y soy bella, y la saboreo con mis labios apretados. Me encanta esa oreja de Frida Kahlo que sigue escuchando el mundo apasionadamente y embelleciéndose en medio de la agonía a pesar de todas las flechas.

Dorothea Tanning nació en un pueblo de Illinois y vivió en París entre los surrealistas. En la Fundación Joan Miró de Barcelona hay un cuadro suyo que se titula "Todo es ilusión tal vez". En una época ese cuadro significó mucho para mí, me daba a entender que tal vez mis pasiones más fuertes, mi vida entera, no era más que ilusión, basándose en fuentes budistas. El cuadro tiene una confusión de formas que parecen flores naciendo o muriendo, que se apasionan, pero que al final no son nada. Todavía me deja fascinado ese cuadro. Pero miremos una rosa gris a la izquierda. Puede ser una rosa o un agujero o incluso un urinario como el de Duchamp. Parece muy pretencioso pero sus líneas se desdibujan y se deshace en el entorno y lo lastiman manchones blancos. Está ahí lleno

de pasión, intentando ser, intentando configurarse, como todos nosotros, tocando a una especie de concepción naranja, pero al final se diluye. Tal vez como su pasión por Max Ernst, como toda su vida, como la vida de todos nosotros. Dorotea tiene esa comprensión a veces de que todo puede irse, de que todo puede confundirse, y eso puede producir angustia, pero también puede ser una liberación. Como si dijera: en el fondo nadie podrá conmigo, nada tiene importancia. No sé, tal vez no es esto, pero es lo que yo veo en este cuadro, y nadie puede impedírmelo. Y le doy gracias a Dorotea Tanning por esa melancolía infinita y apasionada que acompaña otras melancolías mías que he tenido.

Ángeles Santos es una pintora extraordinaria que murió a los 101 años en 2013 sin que casi nadie se enterase. Sus obras tienen la garra de los expresionistas, una intensidad existencial que recuerda a ciertos escritores, y lo fugitivo de El Greco. En el Centro Reina Sofía de Madrid se exhibe su obra "La tertulia". Cuatro mujeres desmadejadas y desparramadas en asientos fuman, miran con desafío al espectador, leen en voz alta.

Parece la fuerza de la vida cultural de unas mujeres que lo miran todo con lucidez atrevida y que no se han dejado arrinconar. Ese cuadro tiene la fuerza de los libros de Camus o de los análisis descarnados de Sartre. Y un gris audaz lo domina todo. Pero fijémonos en



“La tertulia”

esa mujer que está en la esquina derecha de espaldas, que esparce un libro con el brazo, que levanta la cara declamando. Parece una especie de Antígona preguntando: ¿por qué?, ¿qué demonios estáis haciendo?, ¿qué estáis haciendo con el mundo? Su cara se levanta como una piedra, su boca es firme, su mirada no tiene contemplaciones. Incluso el pelo parece metálico o luchador. Me gusta mirar esa cara de nariz como una columna, que expone los conceptos de la cultura, que vive la tragedia de la vida, que vive el teatro como dramatismo. Ahí la tenemos, no podemos ignorarla. Está ahí, de espaldas a nosotros, pero dándonos su cabellera dramática, su hombro brillante. Así, de espaldas a nosotros, apretando la vida.

